



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

¿Cuál es el brillo de nuestra luz?

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Señor tiene una gran confianza en nosotros. Nos invita a introducir su Reino, y nos da todo lo que es necesario para que podamos participar en Su glorioso trabajo, dejándonos al mismo tiempo la libertad de hacer o de no hacer los esfuerzos necesarios para esa finalidad; no pide de nosotros una actividad forzada, sino que es preciso que venga de nuestro corazón.

Si estamos bien dispuestos y vigilantes, podremos beneficiarnos del poder de su espíritu, que nos pondrá en condiciones de apreciar la grandeza de nuestro llamado y el honor de poder ser obreros en la Casa de Dios. Entonces podremos llegar a ser hijos de luz que traen con poder y gracia la palabra de la verdad a los que tienen oídos para oír y un corazón para comprender.

Es necesario que podamos sentir en nuestra alma que los caminos del Eterno son los únicos verdaderos. Sus caminos triunfarán en toda la línea, sin que Dios jamás emplee la violencia ni las represalias de ninguna manera. Lo que viene de El es siempre amable, benevolente; es la manifestación de la gracia y de la bondad, pero también de un poder invencible. Es por lo que, como lo dicen las Escrituras, un día el nombre del Eterno será el solo nombre.

Entonces no habrá más otras potestades a las cuales los seres humanos tengan que obedecer y estar sujetos, como es el caso ahora, en que el adversario es todavía reconocido como el dios de este mundo. Antiguamente, formaba parte de la Casa del Eterno, en la cual ocupaba un puesto sumamente privilegiado.

Pero el adversario corrompió sus santuarios, despreció las benevolencias divinas y cayó en una espantosa decadencia; mantiene a los seres humanos bajo su nefasta influencia que los atormenta noche y día, y que a veces los hace sufrir tan cruelmente. Ciertas personas son tan débiles que les es imposible reaccionar contra las sugerencias del adversario.

Es menester la transparencia para reflejar la luz. Por eso, no todas las piedras tienen esta capacidad. Solamente las piedras preciosas pueden reflejar los rayos luminosos, precisamente porque son transparentes.

Las Escrituras nos hablan de la nueva Jerusalén que es transparente como el cristal, porque está formada de toda clase de piedras raras y preciosas de una belleza y de un brillo incomparables. Estas son piedras que han sido talladas y engarzadas en el muro de la ciudad celestial con un cuidado maravilloso.

Es el mismo Señor quien se ocupa de la talla. Por eso ésta es irreproachable y da resultados sublimes; la talla permite a todas estas joyas proyectar en todas direcciones los destellos

deslumbrantes de la luz conteniendo todos los colores del arco iris.

A veces las piedras preciosas son completamente opacas, cuando están en su estado bruto. Esto proviene de que están cubiertas de una cáscara que sólo puede ser quitada por medio de la talla. Entonces el interior puede aparecer en toda su transparencia y en todo su esplendor.

El Señor quiere hacer de nosotros piedras vivas preciosas, que puedan reflejar toda la gloria y la belleza de su carácter. Esto requiere que pasemos por la talla, que él mismo opera con una sabiduría y un arte consumados.

Nos alegramos de dejarnos tallar dócilmente a fin de reflejar la luz resplandeciente que se irradia de los santuarios de las moradas del Altísimo. Naturalmente, la talla causa dolores. Por eso, para dejarnos dócilmente tallar, es necesario que los caminos divinos ejerzan en nosotros un suficiente poder de atracción.

En suma, en el universo entero todo es divino. No es posible descubrir algo en él que no tenga su origen en una materia creada por el poder de Dios. Los seres humanos han acaparado simplemente lo que Dios ha creado. Han hecho mezclas y transformaciones en todos los dominios y direcciones, sirviéndose para ello de todo lo que el Eterno ha puesto tan generosamente a su alcance, empleándolo para objetivos egoístas. Pero todo lo que existe en el universo es de creación divina.

En efecto, el adversario es incapaz por sus propios medios de producir un árbol; no puede crear, sino sólo destruir, demoler, envilecer, transformar en mal lo que estaba creado para la bendición. Es bajo el maléfico poder de su influencia disgregante que el organismo del hombre se deteriora, de lo cual todos ya nos hemos dado cuenta. Por mi parte, lo tengo suficientemente experimentado, y me ha bastado para alejarme definitivamente de este abominable espíritu seductor y destructor.

Por lo tanto, debemos esforzarnos en buscar la influencia de la gracia del Señor, esforzándonos en vivir el programa con rectitud y sinceridad de corazón. El nuevo carácter no puede ser obtenido sino con la práctica de los caminos divinos. Si queremos adquirir la transparencia, es indispensable que nos ejercitemos en cultivar pensamientos, en expresar palabras y acciones que estén en armonía con la transparencia y la pureza.

En efecto, los seres humanos son terriblemente egoístas. Ellos buscan una salvación sobre la base del egoísmo. Es la razón por la cual van a parar a una de las múltiples religiones que les tienden los brazos y que les brindan una salvación de su conveniencia.

Pero una verdadera salvación no puede ser obtenida sobre las bases que las religiones les ofrecen. Por eso, es preciso rechazar tales almodones de pereza y de falsedad, y apegarnos solamente a lo que es verdadero.

Sólo los caminos divinos son los que pueden guiarnos por la senda de la rectitud y de la verdad. Claro que, de buenas a primeras, no nos encontramos siempre a gusto con ellos, porque parece a veces que en este camino perdemos ventajas. En realidad, este no es para nada el caso. En efecto, lo que debemos poner a un lado para seguirlo, son cosas que a menudo nos agradan mucho, pero que son para nosotros un gran perjuicio.

De esta manera el Señor quiere introducirnos en una nueva familia, y los lazos que se forman en esta nueva familia provocan a veces roces muy dolorosos con la familia según la carne. Pero, a fin de cuentas, estos roces sólo son ventajosos para el discípulo; permiten el alejamiento de las cosas superficiales y efímeras y nos permiten movernos sobre unas bases sólidas e inquebrantables.

Por lo tanto, es menester que tengamos el valor de conducirnos como el Señor nos lo aconseja, y cortar las ligaduras que nos sujetan al reino de las tinieblas.

Los seres humanos son muy influenciados. Con muy poca cosa a veces se sienten atraídos irresistiblemente. Al glotón, por ejemplo, cuando sólo percibe el olor de un plato delicado se le hace la boca agua; basta para él que su olfato sea agradablemente halagado.

El poder del egoísmo que oprime el corazón de los seres humanos los hace excesivamente débiles frente a la influencia diabólica. El Señor quiere poner a nuestra disposición todo lo necesario para luchar contra la sugestión que trata de imponerse y de implantarse en nosotros con tenacidad excesiva.

La sugestión puede ser vencida con el espíritu de Dios, que sólo podemos recibir si vivimos la verdad. Para romper esta terrible sugestión y cambiar de carácter, no basta, pues, con pertenecer a una denominación religiosa cualquiera, en las cuales naturalmente enseñan a veces cosas muy bellas.

Hay incluso predicadores tan elocuentes que logran hacer llorar a su auditorio. Pero no es algo permanente, porque el mensaje que exponen no contiene el poder de la vida. Su mensaje es hueco y superficial, y no puede penetrar hasta el fondo del alma.

En sus enseñanzas falta lo esencial; la luz de la verdad, la única que puede curarnos y librarnos de las tinieblas, con la condición de que no nos contentemos con oírla, sino que

procuremos también vivirla. En el corazón que se deja educar por la verdad, el Señor puede obrar con poder y desplegar toda su bendición. La bendición es para los sinceros, es el elemento capital para tener éxito, porque de lo contrario todo es vano.

En el mundo, algunos pueden adquirir mucho dinero, renombre, honores, etc, pero ¿de qué les sirve? Estas son cosas que pasan porque no son sino una falsificación de lo verdadero, que es lo único que permanece.

Los seres humanos emplean el dinero en lugar del amor, la mentira en lugar de la sinceridad. En el seno de las diversas religiones consue- lan a los adictos con toda clase de mentiras y evitan decirles las cosas que podrían afectar desagradablemente sus oídos. Sin embargo, son precisamente tales cosas que podrían ser su cu- ración, porque así quedaría puesta la luz sobre el almud, en vez de ocultarla hipócritamente.

Se trata, pues, para nosotros de volvernos hijos de luz e hijos del día. Cuando nos dirigimos en esta dirección, la ayuda del Señor no nos falta nunca. Entonces podemos ser instrumentos de consuelo y de bendición en las manos del Eterno. Para esto es menester combatir con las armas de la luz y no abandonarnos a embria- garnos con las bebidas fuertes del egoísmo y de la mentira.

Por tanto, mantengámonos firmes en nuestras resoluciones y no nos divirtamos con las cosas del adversario. Ya hemos estado suficientemen- te sumidos en su espíritu engañoso y seductor a fin de poder ser sabios para la salvación. Ocu- pémonos solamente de las cosas verdaderas y dejemos que la gracia divina obre en nuestro corazón para que podamos volvernos hijos de luz y que el Señor pueda enriquecernos con su divino consuelo.

El Señor nos muestra en las bienaventuran- zas cuál es la actitud favorable para recibir el testimonio de la gracia divina y para que éste lleve frutos. El dice entre otros: "Bienaventu- rados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios." Cuando aceptamos el testimonio de la ley universal, ya tenemos un preludio de lo que quiere decir ver a Dios.

Con esta poderosa luz tenemos el conoci- miento del carácter divino, que se manifiesta a nuestros ojos en toda su gloria, como una luz pura y resplandeciente. El Eterno es la mani- festación del amor en toda su plenitud. El creó a millones de millones de seres en los que El se complace en derramar el amor, del que está lleno su corazón y su gozo es hacerlos felices.

Los pobres seres humanos caídos están ac- tualmente en una espantosa desgracia, y es un honor para el Eterno prestarles su ayuda y sacarlos de sus profundas tinieblas y de su decadencia. Su poder es capaz de ayudar por todas partes, aun allí donde la depravación es más profunda. Pero es evidente que su socorro no puede nunca manifestarse de otro modo, sino según su ley inmutable y perfecta, y de acuerdo con su método, que consiste siempre en invitar, pero nunca en forzar a nadie.

Al que no quiere seguir sus consejos, lo deja tranquilo, porque en sus caminos todo es rea- lizado por medio del amor. El amor puede, en cierta medida, permitirse ejercer una presión, pero respetando siempre la libertad completa y entera.

Nuestra alegría es inmensa de poder traba- jar en la obra del Eterno, de ser los asociados de nuestro querido Salvador. Cuando trabaja- mos en su obra, ésta hace también su bendita

y purificadora acción en nuestra alma. Por lo tanto, podemos libremente escoger la ley divina, que es una ley inmutable que funcio- na automáticamente: Si hacemos el bien, nos volvemos buenos, pero si hacemos el mal, nos volvemos malos.

Yo me regocijé muchísimo cuando constaté que nuestro organismo estaba acondicionado para el bien y que no podía soportar el mal. Por eso, cuán estúpido es querer persistir en el mal, puesto que esto nos ocasiona tanto perjuicio a nosotros mismos.

Los humanos han perdido la vida en Adán y vienen ya al mundo como seres moribundos. Conviene, pues, procurarles un nuevo poten- cial de vida, lo que sólo puede realizarse por medio del sacrificio del Hijo de Dios. Jesucristo vino a la tierra y dio su vida en rescate por los seres humanos.

Es el poder de amor que contenía su sacrificio que le dio un valor de rescate a favor de los seres humanos. Si su sacrificio no hubiera sido realizado movido por el sentimiento del amor, no hubiera tenido valor de rescate.

En efecto, ¿por qué mueren los seres hu- manos? Simplemente porque no tienen amor. Es indispensable, pues, darles el amor que les falta; entonces ya pueden recibir una porción de este amor por la fe. Así, con esas arras que tienen en manos, se pueden ejercitar en el amor en todas las direcciones.

El organismo del hombre no puede soportar otros sentimientos, sino los que están de acuerdo con el amor divino. Es necesario, pues, ejercitar- nos en la realización del amor, lo que equivale a la santificación, al altruismo. Por eso, el apóstol Pablo dice que sin la santificación nadie verá a Dios. En otros términos, significa que sin la educación divina altruista nadie puede tener éxito en la carrera.

Debemos, pues, esforzarnos en amar a nuestro prójimo, lo que es un magnífico ejercicio; pero el carácter deformado del hombre se opone completamente a esta manera de proceder. Cuando alguien está mal dispuesto hacia no- tros, cuando nos perjudican y que se resien- ten de nosotros, no estamos inmediatamente inclinados a cubrir y a perdonar. Al contrario, sentimos fuertemente en nuestro corazón la ofensa que nos ha sido hecha.

Es precisamente este sentimiento de orgullo herido y de acritud, que tan fácilmente senti- mos, que debemos vencer y matar en nosotros. Para esto es menester que nuestro corazón se purifique completamente para ser una fuente de donde mana agua pura y cristalina y no un agua amarga como la hiel.

Nuestro querido Salvador cubrió todas las faltas, colmó todos los abismos, reparó todas las brechas. Es así cómo, por medio de la educación divina, podemos ser completamente purificados. Finalmente, sólo seremos dirigidos en nosotros por un solo poder, que será el poder del bien y el deseo de hacer feliz a nuestro prójimo.

El Señor nos hace comprender que nos juzga- mos nosotros mismos por nuestros sentimientos. En efecto, se nos dice en las Escrituras: "Por tus palabras serás condenado y por tus pala- bras serás juzgado." El juicio no viene de Dios, sino que es el resultado de nuestra manera de conducirnos.

Es una ventaja muy grande para nosotros po- der vivir juntos en una estación. De esta manera podemos aprender a soportarnos, a perdonarnos mutuamente, y amarnos a la manera divina.

Hemos de tener siempre en el pensamiento

el deseo de aventajar a nuestro hermano o a nuestra hermana, e incluso, si fuera el caso, en detrimento nuestro. Es preciso sobre todo vigilar para no hacer nunca nada que pueda debilitarlo en la carrera, que sea una piedra de tropiezo o un perjuicio cualquiera, sino esfor- zarnos en ser siempre un aliento, un estímulo, una fuente de gozo y de bendición.

Cuando el Señor puede bendecirnos y darnos el éxito, somos un inmenso estímulo para todos los que lo observan. El Señor les da a sus muy amados durante su sueño más que a los otros con pena y trabajo. Lo hemos experimentado nosotros mismos.

El testimonio que hemos podido dar de esta manera ha impresionado grandemente a los que han venido a estar en nuestro contacto. El Señor nos quita lo que es malo, y a cambio nos da cosas verdaderas, inmutables, que nos hacen bien y no nos causan perjuicio.

Correr la carrera de discípulo representa el despojamiento de las cosas efímeras y des- ventajosas para nosotros, y al mismo tiempo el revestimiento de cosas que son para la vida y para la bendición. Cuando no conocíamos el carácter divino, procurábamos también acaparar empleando toda clase de expedientes, creyendo así sacar una ventaja.

Ahora obramos de muy distinta manera. Nos apoyamos en el Señor y procuramos hacer una sola cosa: su voluntad y realizar lo que es agradable para él. Este es el secreto de la bendición y del éxito.

Nos alegramos de recibir de su mano amable lo que él nos destina. Aun si no es precisamente lo que quisiéramos, lo aceptamos a pesar de todo con reconocimiento, porque sabemos de antemano que los caminos divinos son siem- pre maravillosos, justos, sabios e infinitamente amables.

Por lo tanto, queremos ser hijos dóciles, de- jarnos conducir con confianza por las directivas del Señor, sin ofrecer, resistencia, estar siempre de acuerdo con lo que decide para nosotros. De esta manera el Señor puede conducirnos mag- níficamente y aprendemos fácilmente nuestras lecciones. Pues es siempre en el lugar donde el Señor nos emplea que podemos aprender- las mejor.

Cuando nos conducimos dignamente, como verdaderos hijos en la Casa de Dios, el Señor puede sentir su beneplácito. Puede protegernos y hacernos obtener la victoria definitiva, para honra y gloria de su santo Nombre.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos logrado victorias sobre la sugestión del adversario, vigilado nuestras reacciones, y haber sido un hijo de luz y del día?
2. ¿Hemos podido sentir la aprobación del Señor, obtener victorias sobre el orgullo el descontento y la impaciencia?
3. ¿Hemos dado el paso con sinceridad, vencido toda tibieza, resistencia y renunciado?
4. ¿Hemos podido vencer un poco de nuestros celos, suspicacias, egoísmo, golosinería, po- dido realizar más dulzura y humildad?
5. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la unidad, la humildad y el desinterés divino?
6. ¿Hemos podido regocijarnos con el prójimo, observar la disciplina divina, perdonar gene- rosamente, vencer el mal con el bien?